

Acto en memoria de los estudiantes fallecidos en Liberia y marcha por la paz

Miércoles 25 de enero, 9:00 a.m. (Sede de Guanacaste)

Nos reúne hoy una ocasión profundamente triste. Nuestra institución y nuestro país están de luto por vidas que han sido truncadas. No encuentro las palabras adecuadas para describir lo que ha sucedido y expresar lo que sentimos; nunca serán suficientes para manifestar nuestro gran desconsuelo. Sentimos un profundo duelo; estamos consternados y vivimos tristeza y cólera a la vez, porque la vida de estos jóvenes ha sido interrumpida de manera temprana, injusta y, especialmente, cruel. No tenemos explicaciones ni fórmulas que alivien el dolor que sentimos.

Lo que le ha sucedido a Joseph, Ingrid, Dayana, Stephanie y Ariel es un hecho radical, pues ¿qué más radical que la muerte? Me viene a la mente el poema de Miguel Hernández, "Elegía", en donde el poeta habla de la muerte enamorada que se llevó, tempranamente, a su amigo. Esa muerte, patéticamente enamorada, se ha llevado a estos jóvenes, cuyo brillo y energía se transmitían a la juventud de nuestra Universidad y de su propia comunidad. Las voces de las personas que les sobreviven no han dejado de resaltar su valor para sus comunidades.

Un vecino de uno de ellos, desde Upala, rescató en días anteriores que, con estas vidas, se fueron los más grandes talentos de su ciudad. Su partida destruyó muchas más vidas, y derribó la esperanza de una colectividad.

Estos jóvenes, al igual que muchos de ustedes aquí presentes, ingresaron a nuestra Universidad porque buscaban mejores oportunidades de vida para sí mismos, pero también aspiraban alcanzar metas que se articulaban con las de su colectividad; ellos querían contribuir a la creación de un futuro más próspero, construir las ilusiones de sus familias y sus propios pueblos.

Sus partidas no solo han sido imprevistas, sino que han sido brutales, violentas y e injustas. Es normal que sintamos enojo; enojo contra una sociedad que no ha sabido realmente crear los espacios culturales exclusivos para su juventud. Eso es una deuda para con nuestros y nuestras jóvenes: eventos trágicos como el que hoy lamentamos nos hacen ver, mucho más claramente, la necesidad de sumar voluntades para hacer resurgir a nuestra juventud. Todos juntos tenemos que hacer un gran esfuerzo para restaurar el tejido social que se ha roto, y hacer que tenga la fortaleza suficiente para poder contrarrestar y combatir los avances de una violencia, cuyas fuentes son múltiples.

El señor director de la Sede de Guanacaste, Dr. Raziél Acevedo, lo decía anteriormente con muchísima claridad: los factores que provocan esta violencia son múltiples, y entre ellos hay por supuesto factores estructurales que tienen que ver con la distribución de los beneficios sociales, culturales y económicos. Pero también tiene que ver con la manera en que, como sociedad, estamos encontrando las soluciones de los problemas que nos aquejan. Lamentablemente es común que eludamos la toma de decisiones sociales que nos competen para que nuestra vida sea mejor, más justa y también más democrática, especialmente para los más jóvenes.

No hay palabras que realmente nos puedan ofrecer consuelo hoy ni nunca. Pero creo que sí existe un conjunto de opciones para aprender de estos hechos, y allanar el camino hacia mayor cohesión social para la paz. Esas opciones se encuentran en el potencial que nuestra sociedad tenga para intensificar la creación cultural. Esto es lo único que puede constituirse en el abrigo bajo el cual podemos acudir y protegernos colectivamente, pero también para disminuir las posibilidades de la violencia.

La creación cultural debe acompañarse, al mismo tiempo, de una mejor y más justa distribución de las posibilidades de acceso a los bienes culturales, sociales, económicos y políticos.

Estos jóvenes han sido el objeto de una violencia que no tiene nombre. Al segar sus vidas, segaron también la colectividad al cual pertenecemos. Sus familias y allegados no están solos; su muerte tiene que ser motivo y fuente de inspiración para luchar por que estas cosas no tengan nunca más cabida en nuestra estructura y dinámica social.

Tenemos que hacer todo lo posible por honrar su memoria, y no habrá mejor manera de hacerlo que convirtiendo su muerte en motivo de inspiración del cambio. De ninguna manera tenemos que permitir que esta violencia menoscabe las posibilidades de fortalecer nuestros afectos y vínculos, que nos llevan a unirnos y a actuar como un solo cuerpo. Solo así encontraremos realmente la paz que anhelamos.

Hoy nos hemos vestido de blanco. El blanco es la síntesis de todos los colores; símbolo de la unidad y de la inocencia, pero especialmente, de paz. Las universidades públicas hemos declarado este año como “Año de las Universidades Públicas por la Vida, el Diálogo y la Paz”, en un afán por mostrar al país que, desde nuestra vocación humanista y académica, queremos luchar por una sociedad más justa. Queremos ser motor para que en nuestras calles, en nuestro barrio, en todas nuestras comunidades, vivan con fuerza las demandas de paz y convivencia.

Quienes hayan cometido este crimen no deben encontrar en nosotros a una institución débil ni una sociedad disminuida. Su acto, que repudiamos, nos ha dado más fuerza para fortalecer nuestra sociedad y proteger a nuestras personas más vulnerables, especialmente a los jóvenes, nuestra institución y nuestro tejido

social. Fortaleceremos entonces la creación de culturas y nuestros afectos, en nombre de quienes hubieran deseado hacerlo en primera persona. Que estos y estas jóvenes descansen en paz; los recordaremos para siempre.

Muchas gracias.